

Corazón de tormenta
Johanna Lindsey



LIBRO dot.com
<http://www.librodot.com>

1

8 de febrero de 1870, Denver, Colorado

Samantha dejó de pasearse por la habitación al divisar su imagen en el espejo oval que estaba sobre el hogar. Estaba a suficiente distancia de él para verse de cuerpo entero. Sus ojos brillaban. La muchacha no se percató de lo provocativa que lucía con su elegante traje de tafetán verde oscuro con adornos de terciopelo negro. Lo único que podía ver era su cabello: había pasado una hora arreglándolo y, debido a la furia con que se había paseado por el cuarto, se veía ahora totalmente desaliñado. Dos de sus sedosos mechones castaño-rojizos caían hasta su delgada cintura.

Samantha apretó los dientes y continuó dando pasos airados por la gran suite de hotel que compartía con su amiga, Jeannette Allston. Jeannette no estaba allí pero, aunque así fuera, Samantha no habría intentado disimular su enojo. En general, mantenía su temperamento a raya delante de su menuda y rubia amiga, pero en ese momento estaba demasiado furiosa.

Se detuvo justo frente al espejo oval, con las manos en las caderas, mirándose con ira. Desde el espejo, sus grandes ojos de esmeralda le devolvieron la mirada.

-¿Ves lo que has hecho, Samantha Blackstone Kingsley? -dijo a su imagen, con desprecio-. Has vuelto a permitir que él te hiciera enfadar. ¡Mírate! ¡Estúpida!

Con rebeldía, volvió a colocar los rizos sueltos en su lugar, sin que en realidad le importara su aspecto. De todos modos, su sombrero de terciopelo verde ocultaría el peinado. Se lo pondría antes de salir. Si es que salía. Si Adrien alguna vez llegaba para acompañarla al restaurante.

Una hora tarde. ¡Una hora! Su estómago gruñó de hambre, y eso aumentó la furia de la joven. ¿Por qué había dicho a Jeannette que esperaría allí a su hermano?

Habría sido mejor salir junto con su amiga. Pero no, Samantha quería una oportunidad de estar a solas con Adrien. Según parecía, nunca podía estarlo.

Amaba a Adrien, lo adoraba, pero ¿cómo podía hacérselo saber si nunca podía hallarlo solo siquiera un momento? Pero Adrien se había retrasado. Siempre llegaba tarde, y esta vez Samantha estaba furiosa por ello.

Había tenido una oportunidad de tener a Adrien para ella sola, pero él la había arruinado con su retraso, lo cual había enardecido el temperamento de la muchacha. Cuando viniera, si es que lo hacía, diría a Adrien Allston lo que pensaba de él. ¡Qué descaró!

¿Por qué lo había escogido a él para enamorarse? El sofisticado Adrien. Era apuesto. . . no, hermoso. Era simplemente hermoso. No demasiado alto, pero tan musculoso, de aspecto tan viril. . .

Él sería su esposo. Claro que Adrien aún no lo sabía. Pero Samantha había estado segura de ello desde el momento en que lo había conocido, dos años antes. Era el hombre que ella necesitaba. Y Samantha siempre conseguía lo que quería. Desde que había ido a vivir con su padre diez años atrás, cuando contaba apenas nueve, siempre se había salido con la suya. Estaba acostumbrada a obtener lo que deseaba.

Y Samantha deseaba a Adrien, de modo que lo conseguiría, de una u otra manera. . . si ese día no acababa de enemistarse con él.

Realmente tenía que calmarse, porque no podía permitirse el lujo de descargar su furia sobre Adrien. El no lo esperaría en absoluto. Samantha siempre se las había ingeniado para comportarse como la dama dulce y gentil que él creía que era. Desde el momento en que Jeannette había confesado que su hermano no toleraba ningún tipo de alboroto emocional, la

2

joven jamás había levantado la voz en su presencia. Siempre se mostraba serena, aun recatada ¡Qué esfuerzo! Ella, que siempre tenía tanta facilidad para perder los estribos, que era tan temperamental. . .

Malcriada, la había llamado su preceptor; malcriada, egoísta y obstinada. Pero él no comprendía lo que ella había sufrido durante sus primeros nueve años, viviendo con su abuela en Inglaterra. Por eso él no sabía que, una vez que saboreó la libertad, no logró saciarse con ella. Estaba decidida a olvidar la rigidez de esos primeros nueve años y hacer lo que quisiese. Además, si a veces tenía que mostrar un poco de mal genio para salirse con la suya, y si era malcriada, ¿qué tenía eso de malo? Siempre se salía con la suya. Siempre.

María, el ama de llaves de los Kingsley, que era lo más parecido a una madre que Samantha hubiese tenido jamás, era más comprensiva que el preceptor. María la llamaba "pequeña zorra". "Eres ladina como la zorra, niña," la reprendía cada vez que veía aquel brillo decidido en los ojos de Samantha. Un día había agregado: "Eres sagaz para manejar a tu padre, pero algún día encontrarás un hombre a quien no podrás manejar. ¿Qué harás entonces, niña?"

Sin embargo, Samantha se había burlado y había respondido con confianza: "No tendré nada que ver con un hombre a quien no pueda manejar. ¿Por qué habría de hacerlo? No pienso renunciar a mi libertad."

Eso había sido... ¿cuánto tiempo atrás? Casi diez años. Justo antes de que ella partiera hacia el este para terminar la escuela. Pero no había cambiado de opinión. Y estaba segura de que podría manejar a Adrien, segura de que se casaría con él.

Sin embargo, él no conocía sus planes. Lo que era más, Adrien ni siquiera parecía saber que ella existía. Eso hería su vanidad pues, más que nada, Samantha era hermosa. Esa era su mejor fortuna y, no obstante ella lo daba por sentado y nunca había pensado mucho en ello. . . hasta hacía poco. A pesar de todos sus esfuerzos, de todos sus intentos de mejorar lo que el buen Señor le había dado, Adrien seguía sin prestarle atención.

Tenía una belleza casi clásica: tez de color vívido, cabello que, según la luz, brillaba con un tono casi carmesí y ojos como las esmeraldas más brillantes. Una figura delgada y esbelta y rasgos que exigían más de una mirada de cualquiera. Pero ¿la miraba Adrien? Él parecía mirar a través de ella; mirar y, al mismo tiempo, no verla. Era desesperante.

El estómago de Samantha gruñó de manera embarazosa y la despertó de su ensoñación. Volvió a mirarse con furia en el espejo y luego, de pronto, en un acceso de ira, se arrancó las horquillas con que tanto se había esmerado y dejó que los mechones rojizos cayeran sobre sus hombros y su espalda en una abundancia de rizos y ondas rebeldes.

-Ya está -dijo, con petulancia y desprecio de sí misma y de su creciente apetito-. Ahora, aunque aparezcas, no puedo ir, Adrien.

Demasiado tarde, comprendió que de esa manera no hacía daño a nadie más que a sí misma. A Adrien no le importaría. Con su típica impasibilidad, ignoraría la posibilidad de que ella pudiera estar enfadada por su retraso. Por otra parte, era probable que él no apareciera por allí. La hora del almuerzo había pasado hacía ya mucho tiempo.

¿Acaso Jeannette seguiría esperándolos en el restaurante con la viuda parlanchina que habían conocido en el incómodo viaje en diligencia de Cheyenne a Denver? La señora Bane había asumido el papel de chaperona no oficial de las muchachas. ¿Habría ido Adrien directamente al restaurante porque era tarde? ¿O simplemente habría olvidado su cita para el almuerzo?

-Maldito sea -dijo Samantha en voz baja. Estaba sola, de modo que nadie oiría su terrible violación de la etiqueta. -Si no lo amara, lo mataría.

Se sobresaltó al oír que llamaban a la puerta. Entrecerró los ojos con furia y luego los abrió con consternación al recordar lo que había hecho con su cabello. ¿Por qué él no podía haber llegado cinco minutos antes de que ella se rindiera a su temperamento?

-Vete, Adrien -dijo Samantha, de mala gana- He decidido no almorzar hoy.

¿Se sentiría decepcionado?

Volvieron a llamar y la muchacha frunció el ceño mientras se dirigía a la puerta.

-¿No me oíste?

-Sí, la oí, señorita Kingsley, pero ¿por qué no me abre de todos modos?

Samantha se detuvo. No era Adrien. Pero habría conocido esa voz en cualquier parte. Tom. . . Tom. . . No lograba recordar su apellido, pero el hombre había estado en la estación de la diligencia cuando ellos llegaron, la semana anterior. Ella le había gustado de inmediato, lo cual resultaba desagradable a la joven. El hombre era sumamente grosero. También era ignorante, pues la había seguido toda la semana, le había hablado cuantas veces había podido hacerlo y se rehusaba a aceptar las indirectas que le dirigía la muchacha para demostrarle que no estaba interesada en él.

Era apuesto, aunque de una manera tosca. Un hombre joven. Estaba prosperando en Denver, intentando hallar plata, como tantos otros. El oro había menguado en la región Pikes Peak, pero la plata había sido descubierta apenas el año anterior.

Sin embargo, Tom no le interesaba en absoluto. De hecho, había comenzado a asustarla con el tono íntimo con que le hablaba cuando nadie más podía oírlo y la manera en que sus ojos la recorrían, como si intentara imaginar que había bajo su ropa y su imaginación estuviese haciendo un buen trabajo. Sin embargo, lo que más le molestaba era que el hombre realmente creía que ella se sentía atraída por él, a pesar de haberse esforzado en demostrarle lo contrario. La última vez que se había cruzado con él en el vestíbulo del hotel, se había rehusado siquiera a mirar hacia donde estaba él. ¡El hombre la había apartado de su camino y le había advertido que dejara de hacerse rogar! Le había dicho que se le estaba acabando la paciencia. La muchacha se había sorprendido tanto que no supo qué decir cuando Jeannette le preguntó si le ocurría algo.

Ahora ese hombre llamaba a su puerta. ¿Por qué?

Tuvo la audacia de golpear con más fuerza e insistencia.

-Vamos, señorita Kingsley, ábrame la puerta.

-Apártese de mi puerta, ¿me oye? -le ordenó, furiosa-. No pienso abrirla, así que márchese.

Se produjo un silencio momentáneo, suficiente para que se oyera girar la perilla de la puerta. Samantha quedó boquiabierta. ¡Qué descaró! Lo peor era que la puerta no estaba cerrada con llave. Se abrió lentamente y el joven alto entró a la habitación. Sonrió y cerró rápidamente la puerta tras sí. Samantha quedó sin palabras. . . pero sólo un instante.

-¿Está loco? -dijo, levantando la voz con cada palabra-. ¡Salga de mi habitación!

El hombre simplemente meneó la cabeza, divertido.

-Pienso quedarme, señorita; al menos, hasta que hayamos tenido una pequeña charla.

La muchacha levantó las manos, exasperada.

-Dios mío, sí que está loco. -Luego se irguió con dignidad e intentó un enfoque sereno. - Mire, señor. . . como se llame. . .

El hombre la interrumpió con aire suspicaz y dijo:

-No finja. -Usted sabe mi nombre. Tom Peesley.

Samantha se encogió de hombros. Jamás había oído el nombre, pero pareció recordar todo cuanto aquel sujeto le había dicho. Debido a él y a su manera de perseguirla, la muchacha nunca quería salir sola del hotel. Siempre estaba en el vehículo, como si la esperara.

-No me importa. ¿No lo entiende? ¿Por qué no me deja en paz?

-Oigo lo que dice, señorita. Kingsley, pero sé que miente. ¿Cuándo dejará de fingir?

-¿Qué se supone que quiere decir con eso? .

-Usted sabe muy bien lo que quiero decir -gruñó-. Yo le agrado, pero tiene que seguir fingiendo.

Samantha se contuvo. ¿Estaba enfadado? Hasta entonces, había sido un hombre muy exasperante: obstinado, persistente, pero nunca amenazador. Sin embargo era altísimo, corpulento, con enormes brazos y hombros, musculoso por el trabajo en las minas de otros cuando no buscaba su propia veta. Recordó que él le había hablado de eso y de la razón por la cual se quedaba en Denver. Le gustaba la vida de una gran ciudad, y Denver era grande, parecía a las del este por su prosperidad. A diferencia de la mayoría de las ciudades que se habían iniciado con la fiebre del oro, Denver había sobrevivido y la ciudad continuaba creciendo.

¿Y bien, señorita?

¿Qué?

-No me respondió. -Se paso una enorme mano por el cabello dorado-rojizo en señal de impaciencia y luego clavó en ella sus claros ojos castaños -¿Cuándo va a dejar de fingir para que podamos empezar un noviazgo formal? Ya es hora de que hablemos con sinceridad.

¿Usted y yo? -dijo, irritada-. No hay nada entre nosotros. ¿Por qué no puede meterse eso en la cabeza?

-Basta, mujer, -gritó-. Esta mañana le advertí que se me estaba acabando la paciencia. O empieza a mostrarse más amigable o no me hago responsable de mis actos.

Samantha lo miró, estupefacta, pero se contuvo. El acceso de enojo del hombre la hizo actuar con cautela. Era demasiado corpulento. La hacía sentir más pequeña de lo que era en realidad: medía un metro sesenta y tres. Además, lo creía muy capaz de usar la violencia. ¿Qué chance tendría de defenderse de él? Además, ¿qué diablos había hecho para que ese hombre creyera que quería ser su novia?

Tom Peesley la miraba furioso, esperando una respuesta. La muchacha frunció el ceño. ¿Cómo podría librarse de él? ¡Oh, Dios! ¿Por qué no venla Adrien? Él podría detenerlo.

-Señor Peesley... Tom... ¿por qué no discutimos esto mientras bajamos al vestíbulo? -sugirió Samantha con una cálida sonrisa, esperando que él no sospechara de su repentino cambio de actitud-. Puede acompañarme hasta el restaurante donde me espera mi amiga, la señorita Allston.

Sin embargo, el hombre meneó la cabeza con obstinación.

-Nos quedaremos aquí hasta que todo quede arreglado.

Su testarudez la exasperaba, y olvidó la cautela.

-¿Cómo podemos arreglar algo si usted no quiere escucharme? -preguntó, acalorada-. La pura verdad es que usted no me agrada. De hecho, me ha fastidiado tanto que comienza a disgustarme en extremo. ¿Eso le parece suficientemente claro, señor Peesley?

En dos zancadas, el hombre estuvo junto a ella. Samantha ahogó una exclamación cuando la tomó de los hombros y la sacudió. La obligó a echar la cabeza hacia atrás, y la muchacha se halló mirando aquellos ojos llenos de ira.

-Miente -gruñó Peesley en tono ominoso y volviendo a sacudirla-. Sé que está mintiendo. ¿Por qué?

Las lágrimas comenzaron a afluir a los ojos de Samantha.

-Por favor. Me hace daño.

El hombre no redujo la fuerza con que la sostenía

-La culpa es suya.

Acercó su rostro al de la joven y ésta pensó que la besaría. Sin embargo, sólo la miró a los ojos, que brillaban por las lágrimas. Parecía querer ordenarle decir lo que quería oír.

En tono menos áspero, dijo:

-¿Por qué no puede admitir que siente lo mismo que yo? En cuanto la vi, supe que usted era para mí. He tenido otras mujeres y las he abandonado. Jamás quise casarme hasta que la vi a usted. ¿Es eso lo que quería oír? ¿Qué quiero casarme con usted?

-Yo.. .

Samantha comenzó a negarlo, pero reconsideró su propio temperamento. . . y el de él. Lo empujó, tratando de soltarse, pero fue inútil.

-¡Suélteme! -exigió.

-No hasta que me responda.

Samantha quiso gritar, maldecir, pero las damas no lo hacían. Eso le había sido inculcado en los últimos años. Las damas podían maldecir mentalmente o bien, si estaban solas y era absolutamente necesario, podían emitir una leve maldición. Pero nunca, jamás en público. Era una pena, pues Samantha tenía algunas palabras para alicar a aquel papanatas. Conocía algunas palabras realmente chocantes que había oído decir a los vaqueros de su padre en la hacienda. Ellos habían hablado con libertad, sin advertir que la señorita inglesa aprendía español con rapidez.

A su corta edad, la mayoría de esas palabras no habían tenido significado alguno. Una vez había preguntado a María qué era una puta, y la mujer la había abofeteado. Después de eso, no había hablado con María durante una semana, y jamás volvió a preguntarle el significado de una palabra.

Más tarde fue a la escuela en el este, donde las muchachas hablaban abiertamente y en forma descriptiva sobre el sexo y los hombres, siempre que no hubiese ningún adulto cerca. Ellas respondieron a sus preguntas con rapidez y ninguna se escandalizó (bueno, tal vez un poco) por el conocimiento que tenía Samantha de las palabras prohibidas a las damas.

Este hombre le hacía muy difícil recordar que era una dama. Daría cualquier cosa por una pistola, se dijo. Pero su derringer, que estaba en su bolso, sobre el escritorio, no le serviría. Con una sola bala, era adecuada para moverse por la ciudad, donde un solo disparo traería ayuda. No, necesitaba la pistola que tenía en el dormitorio, la de seis disparos.

-Estoy esperando, señorita, y ya me estoy cansando de esperar -gruñó Tom.

Samantha tomó aliento para evitar gritar.

-Usted quiere respuestas. Entonces, deme una primero. ¿Qué le hizo dar por sentado que usted me agrada?

Preesley frunció el ceño.

-Es una pregunta tonta.

-Deme el gusto.

-¿Qué? '

-¡Que me lo diga! -exclamó Samantha, exasperada.

-Bueno. . . usted sabe. Cuando usted me miró era toda sonrisas, haciéndome caídas de esos bonitos ojos verdes. Era la muchacha más hermosa que hubiese visto. Entonces supe que era para mí.

Samantha suspiró. Dios, jamás volvería a sonreír a ningún hombre por cortesía.

-Señor Peesley, una sonrisa no indica necesariamente advertir afecto -dijo-. Ese día yo le sonreía a todo el mundo simplemente porque estaba llena de alegría por no tener que ver otra diligencia durante varias semanas. Estaba encantada porque el viaje había terminado. ¿Comprende?

-Pero la sonrisa que me dedicó fue especial -protestó, con terquedad-. Yo me di cuenta.

Maldición. Tendría que ser más directa.

-Lo siento -dijo-. Pero se equivocó, señor Peesley.

-Llámeme Tom.

-No lo haré. ¿Cómo puedo hacerlo entender? No tengo deseos de conocerlo. Estoy enamorada de otra persona, del hombre con quien vine aquí. El señor Allston. Con él me voy a casar. Ahora, ¿quiere soltarme y marcharse?

En lugar de enfurecerse, Tom Peesley se echó a reír.

-Ahora sé que miente. Le he visto con él. Presta más atención a su hermana que a usted.

Eso la lastimó, porque era absolutamente cierto.

-Eso no le importa. Él es el hombre que amo.

La insistencia de la muchacha comenzaba a enfadar a Peesley.

-Si realmente creyera eso, lo mataría.

Entonces, finalmente, llegó el beso. Samantha no estaba reparada para el brutal asalto. Apretada en brazos de Tom Peesley, Samantha probó su propia sangre cuando él lastimó sus labios contra sus dientes. El grito de furia que luchaba por salir quedó atrapado en su garganta.

Luego, de pronto, la soltó, pero por un momento la joven quedó demasiado aturdida para advertirlo. Peesley habló fríamente.

-Puedo ser un amante tierno o puedo hacerla sufrir. Una vez casi maté a una chica que me hizo enfadar mucho. Y eso es lo que usted está haciendo, señorita. Me está irritando con sus bromas.

Samantha debía de estar asustada, pero no era así. Jamás la habían tratado así, y ya no lo toleraría. Lo abofeteó con suficiente fuerza para enviar a una persona má liviana al otro lado de la habitación. No logró mover a Tom Peesley, pero sí lo dejó aturdido. Era lo último que había esperado, y quedó allí de pie, boquiabierto, mientras la muchacha daba media vuelta y corría a su dormitorio. Samantha cerró la puerta de un golpe. Sin embargo, no había: cerradura y no sabía si Tom Peesley se daría por vencido o la seguiría. Se lanzó hacia la cómoda y buscó el revólver en el primer cajón. En un instante, aferrando en su mano derecha el arma de culata perlada, finalmente se sintió en control de la situación.

Sabía usar el arma. Oh, sí que sabía. Manuel Ramírez se había encargado de ello. El mayor de los vaqueros de su padre y esposo de María. Manuel era muy terco; a menudo como Samantha misma. Cuando, a los doce años la muchacha había insistido en que ya no necesitaba acompañantes, que podía salir a cabalgar sola, nadie había logrado disuadirla. . . excepto Manuel. Había amenazado con matar al hermoso potro de la joven si ella se atrevía a salir sola sin antes aprender a disparar. Por eso, Samantha había aprendido a disparar, no sólo pistolas sino también rifles. Llegó a ser experta en ambos. Después de eso, nadie se preocupaba si ella pasaba todo un día afuera o incluso si pasaba la noche en los campos. Sabían que tenía toda la protección que necesitaba con su caballo veloz y el Colt que llevaba sujeto a la cadera.

Por desgracia para Tom Peesley, había decidido seguir a Samantha. Abrió la puerta del dormitorio y sus ojos se dilataron al ver el Colt apuntando a su pecho.

-¿Qué diablos piensa hacer con eso, señorita?

-Obligarlo a marcharse.

-¿Eso cree?

-Estoy segura, señor Peesley -respondió, con mucha calma-. De hecho, puedo jurárselo.

Samantha sonrió por primera vez. Nuevamente estaba al mando, y era una sensación maravillosa. Sólo que Tom Peesley aún no lo sabía.

-Se lo diré una sola vez, muchacha. Baje ese revólver.

Samantha rió y movió el arma en actitud juguetona flexionando su muñeca de modo que el cañón trazó varios semicírculos y delineó un amplio blanco que iba desde el hombro izquierdo de Peesley, pasaba por su vientre y llegaba hasta su hombro derecho, una y otra vez. Su risa resonó en la gran habitación.

-Sé disparar muy bien. -Los ojos de Samantha brillaban con diversión. – Después de lo que me ha hecho pasar, realmente me gustaría demostrárselo.

-No lo haría -dijo Peesley con total confianza.

La expresión divertida de la muchacha se desvaneció

-¿Por qué no? Debería matarlo por haberme maltratado. O por estar en mi cuarto sin invitación. Pero no lo haré. Le aconsejaré de buena manera que se marche. Claro está que si usted no sigue mis consejos, entonces le arrancaré un trozo de piel de la cara interna de su muslo derecho.

El tono seguro de la joven enfureció a Tom Peesley que dio un paso hacia ella. No pudo seguir avanzando, porque estalló un disparo. El hombre se inclinó y aferró su muslo derecho, a sólo unos centímetros de la ingle. La sangre se deslizó por entre sus dedos. La bala le había dado en el punto exacto en que había dicho Samantha; lo había rasgado y luego se había incrustado en la puerta. Peesley la miró, incrédulo, y luego levantó la mano y miró la sangre.

-¿Necesita otra demostración antes de marcharse? -preguntó Samantha en voz suave.

El humo acre le hacía arder los ojos, pero mantuvo el revólver firme, apuntando a Peesley. El hombre no había cambiado su postura agresiva.

-Tal vez ahora sea en su muslo izquierdo, sólo que un poco más arriba. . . -prosiguió.

-Maldita. . .

El arma volvió a estallar y Tom aulló de dolor cuando la bala desgarró la tierna carne de su muslo izquierdo.

-¿No entiende que hablo muy en serio, señor Peesley?

Quiero que salga de mi habitación y de mi vida. ¿O tal vez desee usted sangrar más antes? Quizá quiera conservar una de mis balas como recuerdo. Digamos. . . ¿en su hombro derecho?

Peesley la miró con furia mientras el sangre corría por sus piernas, se extendía, oscura, por sus pantalones grises y entraba en sus botas. La muchacha sabía que él anhelaba ponerle las manos encima y que, si lo hacía, era probable que la matara.

-Se me está acabando la paciencia, señor Peesley –dijo fríamente.

-Me voy -respondió en tono áspero y dio media vuelta. Salió del dormitorio y se detuvo en la puerta que daba al corredor. Samantha lo siguió a cierta distancia, apuntando el arma a aquella figura que cojeaba. Al ver que continuaba de pie en la puerta, dijo:

-¿Acaso tengo que acompañarlo hasta la salida?

El hombre se irguió con obstinación al oírlo, y se volvió para enfrentarla. La bala número tres le dio en el hombro derecho y lo envió contra la puerta.

-¡Ahora! -gritó Samantha por encima del eco. Sus ojos lagrimeaban por el humo y estaba furiosa porque el hombre la había hecho ir tan lejos. -¡Márchese!

Finalmente aceptó retirarse. Samantha lo siguió por el pasillo, sin prestar atención a la conmoción que allí había. Los huéspedes se habían congregado allí al oír los disparos. La muchacha siguió caminando detrás de Peesley hacia la parte trasera del hotel. La escalera trasera estaba en el exterior. Esperó con impaciencia que el hombre abriera la puerta y, mientras él intentaba hacerlo se acercó demasiado a él. Cuando Peesley comenzó a bajar la escalera, echó hacia atrás el brazo izquierdo e intentó derribar a Samantha. Sin embargo, antes de que su puño pudiera alcanzarla, la muchacha colocó la cuarta bala en los gruesos músculos del brazo de Peesley.

Aunque el resto de su cara estaba contorsionado por el dolor, sus ojos reflejaban infinita furia. Extendió la mano hacia la joven, mientras la sangre goteaba sobre el descanso de madera. El brazo herido ya no tenía fuerza, pero sus dedos aún intentaban alcanzarla.

Samantha hizo una mueca y dio un paso atrás.

-¡Está loco! -exclamó.

Sintió asco al ver toda la sangre que manaba del brazo, el hombro y las piernas del hombre. Sin embargo, él seguía allí: un enorme buey que carecía del sentido común de darse por vencido.

-No quería lastimarlo -susurró la muchacha-Lo único que quería era que me dejara en paz. ¡Maldito sea ¡ ¿Por qué no se marcha? ¡Váyase! -rogó.

Pero el tonto obstinado dio otro paso hacia ella y sus dedos extendidos tocaron la chaqueta de tafetán de la joven. El revólver estalló una vez más y Samantha ahogó un sollozo. La quinta bala le dio en la canilla. No sabía si había logrado evitar el hueso, pues sus manos temblaban mucho a esa altura.. El hombre trastabilló hacia atrás, perdió el equilibrio al borde de la escalera y cayó por ella. Samantha quedó de pie y miró cómo Tom Peesley caía en el polvo. Contuvo el aliento y esperó. ¿Se movería? Quería matarlo. Jamás había matado a nadie y la idea la aterraba.

Se movió. Incluso logró ponerse de pie con cierta vacilación y mirarla. Sabía tan bien como ella que sólo quedaba una bala. ¿Acaso se preguntaba si podría soportar otra bala? ¿La seguiría al interior del hotel e intentaría matarla? Samantha adivinó los pensamientos del hombre.

-¡Imbécil! -le gritó-. ¿No se da cuenta de podría dría haberlo matado en cualquier momento? Con una bala, me veré forzada a hacerlo. Esta última bala es para corazón. ¡No me obligue a usarla!

Peesley estuvo allí de pie por una eternidad, meditando. Finalmente, dio media vuelta y se alejó cojeando.

Samantha no supo cuánto tiempo permaneció esperando a que Tom Peesley desapareciera de su vista. Aunque no hacía frío, comenzó a temblar. Al fin, regresó al corredor y se ruborizó al ver toda la gente que la miraba desde el final del pasillo. Con un leve grito de vergüenza corrió hacia su suite y dio un portazo contra la curiosidad de los demás. Se lanzó hacia su dormitorio y se echó sobre la cama a llorar su frustración.

¡Maldito seas, Tom Peesley! ¡Ojalá mueras desangrado! -exclamó, olvidando por completo que en realidad no quería que el hombre muriese.

Pero Samantha se habría sentido más mortificada si hubiera sabido que un extraño alto y moreno había presenciado la escena de la escalera.

CAPITULO 2

El hotel donde Samantha Kingsley tenía su suite estaba ubicado en una parte nueva de Denver, al borde de la ciudad, donde la regla era la expansión constante. Al frente del hotel había una calle poblada de tiendas, varias tabernas, dos restaurantes, dos hoteles más pequeños, una carnicería, un banco e incluso uno de los nuevos teatros. Pero a los fondos del hotel no había más que campo abierto, tierras que aún esperaban que Denver las reclamara.

Hank Chávez cabalgaba lentamente desde el sur hacia el hotel, con la esperanza de que el tamaño del edificio no implicara que las habitaciones eran costosas. Prefería hospedarse allí antes que seguir buscando alojamiento. Había detenido su caballo bajo un álamo cuando vio que un hombre y una muchacha salían a la escalera trasera del hotel. A la brillante luz de la tarde, vio que el hombre sangraba. ¿Herido por la mujer que sostenía el revólver? . Resultaba difícil creerlo y. sin embargo, Hank hizo una mueca cuando el hombre extendió la mano hacia ella y estalló un disparo.

Hank continuó mirándolos fascinado. La mujer... no, no podía ser más que una niña de diecisiete o dieciocho años, era muy bonita. Era una muchachita, pero tenía cuerpo de mujer. Su hermoso cabello caía sobre su espalda y sus hombros: cabello oscuro que emitía destellos rojizos a la luz del sol.

Hank se inclinó hacia adelante y apoyó los antebrazos en la perilla de la montura para observar la escena. Habría dado cualquier cosa por saber qué decían, pero estaba demasiado lejos para oírlos. Enseguida, el hombre cayó por la escalera y luego se alejó, cojeando. Los ojos grises de Hank volvieron a la muchacha y la miraron con atención, como para ordenarle que mirase en su dirección de modo que él pudiera ver todo su rostro. ¿Sería tan bonita como parecía?

Sin embargo, la joven no se volvió hacia él. Después de un momento, volvió a entrar al hotel. Con la misma rapidez con que había llegado, su deseo de conocerla se desvaneció. La dama del revólver. No, no quería conocerla. Tenía cosas importantes que hacer allí, y carecía de tiempo para mezclarse con arpías.

Había tardado meses en llegar de Dallas a Denver: meses de esfuerzo, de extraviarse, de volver a encontrar el camino, siempre evitando las ciudades donde podría sentir la tentación de descansar. Podría haber alcanzado a Pat McClure, que había abandonado Dallas pocos días antes de que Hank se enterara de ello. Sin embargo, después de leer la nota de Pat, se había puesto tan furioso que había destrozado su habitación del hotel y luego se había dirigido a la taberna más cercana y también la había destrozado.

Como no podía pagar los daños, había pasado un mes en la cárcel. Podría haber conseguido el dinero de Bradford Maitland. Después de todo, Hank le había salvado la vida una vez y Maitland era rico. Pero Hank era demasiado orgulloso para pedirselo. Maitland había ganado la mujer que Hank deseaba y, aunque lo había admitido con dignidad, aún había resentimiento en su interior. Después de todo, era la única mujer a quien Hank había pedido que compartiera su vida. No obstante, nunca había tenido ninguna posibilidad de ganar a Ángela. Cuando la conoció, ella ya pertenecía a Maitland en cuerpo y alma. Claro que Bradford había sido demasiado terco para comprenderlo. Si tan sólo hubiese conservado esa obstinación. . . pensó Hank.

No, jamás pediría ayuda a Maitland: ni a Ángela, que también tenía fortuna propia. Ya le había quitado dinero al asaltar la diligencia en que ella viajaba.

Así había conocido a Ángela Sherrington. Hank no había podido olvidarla y había regresado a devolverle la mitad de lo que le había robado. Claro está, la muchacha estaba furiosa (¡Y cómo!) hasta que vio las joyas que él había devuelto. Más tarde, Hank había utilizado el pretexto de devolverle el dinero para volver a buscarla. Pero, para entonces, Maitland había llegado. La había perdido para siempre.

Su socio, Pat McClure, se había reunido con él en Dallas con la intención de acompañarlo a México para ayudarlo a recuperar los bienes de su familia: Sin embargo, Pat había encontrado a una bonita joven y se había mudado a la casa de adobe que ella tenía en las afueras de la ciudad, mientras que Hank se hospedó en el hotel. Por eso, Hank no se enteró de que Pat había partido hacia Denver hasta que fue a buscarlo. La muchacha le entregó la enigmática nota de Pat; la nota que no decía nada y, sin embargo, lo decía todo. Hank podría haber matado a Pat McClure en ese instante, a pesar de que habían sido muy buenos amigos. Pat se había llevado no sólo su propio dinero, sino también el que guardaba para Hank, con el que éste volvería a comprar la hacienda de su familia en México.

Ese era el sueño por el que Hank Chávez había vivido todos esos años. Desde aquel día en el 59 cuando una banda de tropas irregulares de Juárez había llegado a la hacienda y masacrado a su familia, Hank había soñado con la venganza. Esos hombres eran bandidos que se dedicaban a matar y a saquear para obtener beneficios personales, utilizando la revolución como pretexto.

El jefe de la banda había afirmado que las tierras de los Chávez eran propiedad de la iglesia, lo cual como todos sabían, no era verdad. Pero eso no les había importado. Como Juárez había declarado que debía despojarse a la iglesia de sus propiedades debido al apoyo de los conservadores, "propiedad de la iglesia" había sido una fácil excusa para cometer pillajes en México.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

